



La luz del mundo

"Yo soy la luz del mundo."

¿Quién podía atreverse a hacer semejante afirmación?

Es cierto que los filósofos han pretendido ser los maestros de la humanidad, pero nada han resuelto.

El mundo ha seguido a oscuras y sus palabras han aparecido como una petulancia intolerable.

Después de tantos desengaños, de tantos siglos de tinieblas, el hombre podía pensar que la luz no podía venir de otro hombre tan ignorante, tan débil y tan miserable como él.

Sólo Jesús ha podido decir que "es la luz del mundo".

"El que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida."

Jamás se había escuchado una palabra semejante. Se comprende que las muchedumbres le siguieran delirantes y exclamasen: "Jamás ha hablado nadie como él."

La humanidad andaba a oscuras, más aún, estaba "sentada en las sombras de la muerte."

Por eso saltaban de gozo al oír a Jesús.

No enseñaba una filosofía profunda para solos los privilegiados o los sabios; ni un sistema complicado y largo; ni sabiduría adquirida en el estudio de todos los antiguos, ni en la investigación de la naturaleza...

"Yo soy la luz".

El es la fuente misma.

Por eso van a El las gentes y le preguntan con afán y todos quedan iluminados.

No vacila; es la fuente misma de la verdad.

Todo lo sabe, todo lo resuelve, todo lo aclara.

Su saber alumbra a todos:

a los poderosos,
a los príncipes,
a los sacerdotes,
a los soldados,
a las muchedumbres.
a los publicanos,
a los pecadores, sobre todo.

Es que su luz va a lo íntimo del hombre.

Es la luz de la vida.

Por eso la entiende y ama el pueblo.

No es una CIENCIA, no es una disciplina intelectual. Es la luz de la vida entera.

Por eso alumbra a todos, grandes y pequeños, hombres, mujeres, sabios e ignorantes...

Por eso es luz de todos los pueblos, del judío, del griego y el escita.

Por eso alumbra a todos los tiempos y Jesús sigue siendo ahora la luz de todos los hombres como lo fué en Galilea y Judea.

¡Luz de la vida!

Luz de la vida sobrenatural, de la vida eterna, de la vida grande, de la única verdaderamente vida.

¿Qué interés tiene lo demás?

La Iglesia tiene encendida esa luz y la irradia de continuo, y se van levantando los pueblos y surgen a la vida.

Así se va transformando el mundo ante esa invasión de luz divina que todo lo renueva y embellece y lo llena de vida.

Vemos con alegría la difusión de esa luz divina que invade las naciones gentiles.

Con mayor alegría aún contemplamos esa intensificación de la enseñanza religiosa entre nosotros: en la Escuela, en el Instituto, en la Universidad...

En la Prensa, en cursillos y conferencias, en corporaciones... en las leyes...

PAX VOBIS

Año XLI. Zaragoza, 3 novbre., 1939. Año de la Victoria. N.º 935

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle Mayor, 6, 2.º dcha.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1.

Almacenes del Portillo

SALUDO A FRANCO ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

Un ejemplar, 2 ptas. al año; cinco ejemplares, 5 ptas.

Ayuntamiento de Madrid

No basta ya el catecismo de antes.
Esa luz atrae y fascina.

Es luz de vida.

Es preciso que alumbre los pasos
de la vida.

"Tu palabra, Señor — decía David — es lámpara que alumbra mis pasos."

Que alumbre nuestras ideas, nuestros
juicios y resoluciones; guía de nuestra

conducta diaria, de los actos públicos
y de los de nuestra vida privada.

Es preciso difundir mucho la doctrina
esplendorosa de Jesús, pero es preciso cumplir su santa ley.

No es cierto que solamente hace falta más luz; lo que hace falta también, y principalmente, es utilizarla.

No es el más santo el más sabio, ni el que conoce mejor la historia o la doctrina de Jesús. Son muchísimos los

santos que no han tenido gran instrucción.

En eso está, sin duda, una buena parte de la esterilidad de tanta enseñanza religiosa.

No es una asignatura, ni una ciencia, ni una historia, ni una investigación arqueológica, ni una filosofía...

¡Jesús es la luz de la vida!

TOMAS

LA VOZ DE LOS MUERTOS

Las lenguas de bronce
con triste compás,
sin cesar repiten:
din din don, din dan.

Lloran las campanas
en el campanar;
y sólo nos dicen
din din don, din dan.

¡Qué triste es la noche!
qué miedo que da
oír de continuo
din din don, din dan.

Cuando son las fiestas
¡qué alegres están!
pero ahora están tristes:
din din don, din dan.

Son voces de muertos;
eco sepulcral;
voces de otro mundo...
din din don, din dan.

Cae desde la torre,
va por el lugar,
penetra por todo,
din din don, din dan.

Cuando me despierto
escucho el doblar
que me llega al alma
din din don, din dan.

Y al irme a dormir
me hiel a escuchar
el lúgubre son
din din don, din dan.

Son las almas buenas
que claman piedad;
por eso nos dicen
din din don, din dan.

Son nuestros amigos.
¿Por qué he de temblar
cuando ellos repiten
din din don, din dan?

Es que me recuerdan
que el mundo es fugaz,
y es todo mentira,
din din don, din dan.

Y sólo es la dicha,
la dicha verdad,
la dicha del cielo...
din din don, din dan.

MARIANO



TRIBUNAL BARATO

—¡Haache! ¡Ha... che!...

—Ya has cogido un constipado.

—Ma cogido él; yo no li cogido; ¡quiai coger! Si yo l'hubiá visto... no l'hubiá cogido. Me sapegau u me l'han apegau, qui hay gente mu mala en este mundo.

—¿Pero tú crees que hay gente que se dedique a contagiar a los demás?

—Ya ice el refrán: "El que menos te piensas te la pega."

—Una cosa es PEGAR y, otra APEGAR.

—El que tiene hígados para PEGAR igual te la APEGA. Pero pa PEGAMELA a mí aun ha de nacer, que no me chupo el dedo; que dende pequeño hi sido yo el más pillo de todos; mi hermanico Sebastián un enfeliz; ya

l'hicia yo: no toques la coda al gato que tarrañará, y no hacía caso y larruñaba.

—Y eso a qué viene?

—Pues que este costipau me l'han apegau a traición, de mala idea, qui hay gente mu mala, que no sabe usted bien.

—No digas tonterías.

—Ahura mesmamente ha pasau la chica la tia Pilar, la del TIO CALISTRO el praticante; es decir, laí visto; sí; se pué decir que laí visto, gracias a los güenos ojos que Dios ma dau y Santa Lucía me los conserve; pero cuasi no se vé, es una cosa delgada que paice una raya pintada en la paré: va sin medias, como una cochina, y nos-tornuda ni tose. A isas les habian de apegar to los costipaus. Ya procuraré yo enterame de cómo si apegan y quién los apegan, pa que se los apeguen todos a ellas y nos dejen en paz a nosotros...

—Dices muchas tonterías.

—Quíá e ser tonterías. No ha podido denguno con las modas endecentes. Miáque las cosas que les habrá dicho el cura de mi pueblo; pues algunas ya no quieren ir a misa pa no avergonzarse; pero siguen unas sinvergüenzas. Y el probecico Papa ¿cuántas cosas ha dicho? Me da compasión, y no l'hacen caso, ni a los obispos, ni a los papeles. Ahura yo decía ¡bendito sia Dios! ya

viene el invierno, ahora no tendrán más remedio que tapasen. Pues no señor. ¿Lo ve usted cómo no era porque no había medias? ahora hay medias en to las partes. ¿Se convence usted?

—¿De qué me tengo que convencer?

—Si ya se lo ícia yo. Son unas endecentes. No hay más queso; apega los costipaus, venga a toser por to las partes y... la que se muera, a enterrala. Vería usted cómo entonces se golvían a poner medias; yo mesmo ya mi puesto unas medias de lana de medio dedo de gordas. y que se va mu calentico. Denantes aun malcuero las medias tan majas que llevaban en mi pueblo, con debujos de bulto mu majos... El padre del TIO CALISTRO, el agüelo de esta chica, llevaba unas calcillas... una preciosidá. Así irían bien tapadicas y bien majas. Pero no señor; paice que quien morisen. Y hay algunas que se güelven tísicas di hambre pa estar delgadas y de frío por no llevar ropa.

—Ya es buena pena, que por vanidad hagan tantos sacrificios; en cambio por su alma y por Dios no están dispuestas a hacerlos. ¡Qué digo! en esto se da el caso de que servir a Dios es también más conveniente para la salud, y aun así no quieren. ¡Qué ceguedad! ¡Qué vergüenza!

Tilín, tilín...

—Adelante.

—¡Güenos días tenga usted, señor Mago!

—Buenos días tengáis; ¿qué se os ofrece?

—Questamos con un desgusto mu grande.

—Vosotros diréis.

—Nusotros, esta y yo, himos sido siempre de drechas y no nus merecemos lo que nos está pasando.

—Este ha sido siempre un güen hombre, no es porque sea mi marido, pero hay que dicile a usted todo pa saber pande imos de tirar; sin que senteren en el pueblo, pa que no se norían; pero yo estoy mu mala y ya no hi echau luz dende el día de las Almas.

—¿Qué os ha pasado, pues?

—Que me s'han aparecido las ALMAS.

—Eso será una ilusión tuya.

—No, señor, que sentí unos ruidos po la noche, que me puse toda a temblar, y no podía hablar ni nada, ni pedir auxilio; y cuando este senteró ya hacia güen recau di horas que paicia que me moría; y era el padre deste, que venía a pedime algo y yo no sé lo que quiere; me paició qui hablaba, pero estaba toda asustadica y no quise sentilo que me paicia que miba agarrar... ¡Ay, Dios mío!

—Eso ha sido una ilusión o un sueño. Estabas impresionada por ser el día de las benditas almas y te acordabas de algún cuento necio que os dan miedo y eso ha sido todo.

—No señor, que no fué sueño; quedaba tan despierta como ahora mesmo. Mi suegro me pide algo... que san visto muchas cosas.

—¿Te remuerde la conciencia de algo? ¿Te has portado bien con tu suegro?

—Yo... miusté...

—Piénsalo...

—Como portarme bien... sí señor. Claro siempre hai tuvido alguna palabra... Es que estuvo mu malico cuando se murió y era mu cansau y me daba mucha guerra y siempre roñando; y yo no l'hacía caso y lo dejaba estar y una vez sí que malcuero que dije: "¡cuándo querrá Dios llevásele y dejame bien descansada!" y eso mesa pretau en el corazón; porque al otro día me loncontré quietico, quietico y lo llamé y no contestaba, y venga llamarlo y estaba muerto. ¡Virgen del Carmen! Y ahora me lo veo por to los rincones y el otro día era él, que me sapareció...

—Tú tienes un remordimiento de tu mal comportamiento. Es una pena que no se piense mejor lo que se hace, porque hay cosas que luego ya no se pueden remediar; y esas son las que más atormentan con el remordimiento.

—¿Y ahora qué di hacer?

—No se te ha aparecido tu suegro...

—U mi padre, u mi tio... la cara no se la ví... ¡Ay! aui me paice que va a coger...

—No seas necia. Las almas benditas no se ocupan en esas cosas; y los condenados del infierno, tampoco. Si te has portado mal con los tuyos ahora procura enmendar lo pasado primero con arrepentimiento sincero, teniendo pena de lo mal que lo has hecho con ellos; sé buena en todo y pórtate bien con tu marido y con los demás; sé piadosa y ofréceles a tus difuntos tus obras buenas y tus oraciones. Y no hagas caso de ruidos, ni pases miedo. Si eres buena, nadie podrá hacer daño a tu alma, pidiendo a Dios su gracia humildemente, porque aunque venga la muerte, para el bueno, no es daño alguno; al contrario, es el principio de todos los bienes. Después de la muerte viene el cielo: la muerte es la puerta del Cielo.

—¿Loyes, tonta? ya te lo ícia yo; queso eran tontadas tuyas. Cuando me se murió mi padre que si qué; aquello que si que fué gordo; que to la casa temblaba y no cogías de miedo en dengún puesto. Tol pueblo ícia que quería vengase porque hicimos intierro de tercera y a los demás to la vida se les ha hecho en mi casa intierro de segunda. Y no recemos tantos rosarios como otras veces; pero miusté, eran muchos dineros que nos cuestan mucho e ganar y al cura le cuesta poco e ganar...

—Tu mujer es una ignorante...

—Ya se lo digo yo a ca instante...

—Tu mujer te digo que es una ignorante, pero tú eres un descreído y un mal cristiano. Ese lenguaje ha sido siempre repugnante; pero ahora, después de la guerra tan terrible que hemos pasado, es asqueroso. Los cristianos rezamos por nuestros muertos con el mayor cariño, más aun que cuando vivían con nosotros, para compensar con nuestra compasión, oraciones y penitencias nuestra mala conducta o nuestras debilidades. No nos ha de hacer duelo nada para ellos, tanto más cuanto que a los muertos debemos lo que somos y el bienestar de que disfrutamos. Es frecuente ver personas que desean la muerte de alguno para lograr ser dueños de sus bienes y luego que han entrado a gozar de la herencia no se acuerdan para nada del difunto.

—Lo ves, Julián, ya te lo ícia yo. Tenemos un güen pasar con los campos quimos heredau; pero este no piensa ya en rezar ni nada pa los padres y yo nostoy tranquila; porque no nos himos portau bien con los padres; pero dende ahora hi de golver a ser otra como era denantes; a misa, a confesar y comulgar y a ser güenos cristianos y a rezar por los muertos; que el que es güeno no tiene por qué tener miedo a naide. El miedo es la mala conciencia. ¿Loyes, Julián?

—Ahora has dicho la verdad. Dios te oiga y te haga perseverar.

EL MAGO

Ecos del Sagrario

¡Señor!

Os agradezco con toda mi alma el que os habéis dignado llamarme y permitis estar un rato en vuestra presencia.

¡Qué desgraciados me parecen esos cristianos que vienen a la fuerza a vuestra casa!

No sé cómo podéis aguantarlos.

¡No sé cómo me habéis aguantado a mí tantas veces!

Ahora me parece insolencia sacrilega.

¡Y hay quien está distraído, aburrido, impaciente, esperando que acabe la Misa, deseando escapar de vuestra presencia!

¡Dios mío, qué pena!

¡Si conocieran el don de Dios!

Si gustasen las delicias de vuestra compañía!

Dadme que yo sepa aprovecharme; que venga siempre con afán, que esté ante Vos dejándose penetrar enteramente de Vos, hasta lo más íntimo de mi alma; que repita como vuestro gran siervo San Francisco de Sales "¡mi Dios y mi Todo!"; que sea verdad que fuera de Vos no tengo yo ni pensamiento, ni anhelo, ni recuerdo, ni inquietud, ni paz, ni gozo..., que Vos lo seais todo para mí ahora y siempre.

J. ADELAC

OLOR DE CRISTO

EL ROSARIO

No es ninguna revelación decir que D. Juan era un gran devoto del rosario.

El rosario es una devoción que es una de las principales glorias españolas.

Su fundador Santo Domingo es una gloria de la Iglesia y tenemos el honor de que es español.

Predicó el santo rosario en Francia para alcanzar de la Santísima Virgen la conversión de los herejes albigenses y los resultados fueron tan prodigiosos que luego se extendió su devoción por todo el mundo merced principalmente a la predicación de los Hijos del Santo Fundador.

La Iglesia reconoce la intervención de la Virgen en la victoria de Lepanto, obtenida en el día y hora en que se rezaba el rosario en las públicas rogativas de Roma y conocida y declarada por el Papa S. Pío V en el mismo momento en que se alcanzó.

La grandeza de la Iglesia va asociada al santo rosario que ha sido y es la devoción más popular y universal hasta llegar a ser la devoción indispensable.

Pero en España, con más motivo, la vemos pronto difundida por todas partes y en ella se forma la piedad del cristiano por todo lugar, y es la devoción asidua y predilecta de los santos, ornamento integrante del hábito de las órdenes religiosas, y sobre todo, elemento sustancial de las costumbres familiares de todas las clases, condiciones y pueblos.

El santo rosario es rezo obligado de todas las parroquias, comunidades religiosas y familias cristianas.

No es, pues, de señalar que D. Juan rezase diariamente el santo rosario y lo rezase en familia, habiendo nacido en ese ambiente español tan cristiano y amante del rosario.

Don Juan tenía en el rosario algo más que esa devoción tan general y afectuosa a María.

Tenía algo, seguramente, del atractivo ingenuo de sus años juveniles en que se creyó llamado al claustro y pensó en vestir el glorioso hábito dominicano.

Tenía, sobre todo, la ternura filial por la Virgen Santísima, nuestra Madre, LA SEÑORA, como decía en la intimidad, como una efusión de su veneración fervorosa ante la grandeza de la Virgen.

El rosario era para él devoción imprescindible. Generalmente lo rezaba al comienzo de la noche; a veces, se tenía que retrasar por ocupaciones o visitas inevitables; y lo rezaba en familia con todos los de casa, dejando sus ocupaciones todos los sirvientes para acudir a rezar.

Hubo ocasión en que las visitas retrasaron el rezo demasiado, haciéndose ya más difícil y molesto y no pudiendo reunirse todos. Desde entonces procuró anticipar la hora y con frecuencia rezaba el rosario aunque hubiera algunos amigos, que se sumaban gustosos a la oración. Luego aun fué más exacto e intransigente. Cuando llegaba la hora llamaba y comenzaba en el acto, aunque no estuviesen todos, que acudían presurosos a acto empezado; pero no cedía y seguía su rezo, ante el peligro de retardar mucho.

Don Juan sentía la dulzura de esa melodía sobrenatural continua del avemaría, del Padre nuestro, de la letanía. Hasta la devoción al Corazón de Jesús vimos que tenía una expresión predilecta en la forma del rosario.

Rezaba siempre con sencillez y su rostro reflejaba esa expresión de ternura y candor.

Llevaba siempre el rosario en la mano y, aun cuando no rezara, parecía como si una necesidad inconsciente o un atractivo sobrenatural le hiciese inseparable del rosario; en casa, en las visitas y por la calle, en todo momento tenía el rosario en la mano, que unas veces era el juguete espiritual que agitaba inconscientemente arrollándolo alrededor del índice; y siempre, un instrumento de la gracia inadvertido para los demás.

En una ocasión — seguramente de las más graves de su vida — el Prelado creyó prudente tomar una determinación y formular un juicio humillante y penoso para él. Alguno de sus amigos temblaba al nombrarle aquel asunto y pensó que la caridad le exigía consolarle; no sabía cómo empezar creyéndole en un abatimiento que con una fortaleza heroica lograba disimular. Por fin se atrevió a iniciar una lamentación. Don Juan, que daba vueltas al rosario distraidamente, siguió con la misma impasibilidad, como si de aquel instrumento lograrse el contacto de las fuerzas divinas. Desvió la conversación con una palabra sencilla y siguió hablándose de otra cosa como si nada hubiera pasado.

JUAN DE LA CRUZ

Advertencia importante

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERA, PUES, MAS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que nuestros lectores esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los SUSCRIPTORES QUE ATENDIENDO NUESTRO DESEO, NOS HAN ENVIADO EL PAGO DE SU SUSCRIPCION CON SOBREPRECIO:

- 1.º Doña Bienvenida Casado. Valencia.
- 2.ª Doña Carolina Navarro de Aranzabal. Vitoria.
- 3.º Doña Rafaela Aisa. Faradúes.
- 4.º Rvda. Superiora del "Terminillo". Zaragoza.
- 5.ª Doña Sabina Grávalos. Zaragoza.
- 1.º D. Miguel Merino. — Segovia.
- 2.º D. Remigio Gómez. — Toro.
- 3.º D.ª Luisa Caballero. — La Parra.
- 4.º Superiora del Hospital de Betanzos.
- 5.º D. Nicolás Goñi. — San Sebastián.
- 6.º D. Rafael de la Calle Carrasco. Jerez de la Frontera.
- 7.º D. Gonzalo Arruebo. — Jerez de la Frontera.
- 8.º D. Gonzalo Bajo. — San Sebastián.
- 9.º D.ª Rosa Ayala. — Vitoria.

Suscríbase V. a EL ECO DE LA CRUZ

Ayuntamiento de Madrid